

Soñé que me ahogaba

El pasado miércoles apagué la televisión y respiré profundamente. Había contemplado las inundaciones de Mozambique y una de aquellas imágenes me había tatuado, puede que para siempre, la piel de mis ojos: Una mujer chapoteando, al límite de la extenuación y del horror, con un bebé en brazos, esquivando las dentelladas de Dios.

Decidí entonces hacer una visita al Todopoderoso, y como Santa Teresa y otros panteístas decían que Él está en todas las cosas, le busqué en un simple vaso de agua. Y ahí estaba.

- Pero si tú no crees en mí.- dijo Dios.

- ¿Cómo voy a creer en un ser capaz de crear un mundo en el que ocurren cosas como la inundación de Mozambique? Si existes, eres extremadamente cruel. Vengo a pedirte misericordia. Yo ahora debo de estar soñando, porque en otro caso sería imposible hablar contigo, y me parece todo rotundamente real. Lo que deseo es que toda esa gente que se está ahogando sienta sus sueños con más intensidad que su tragedia diaria. Que sueñen, Todopoderoso, que sueñen que no sufren su horrible tortura.

Desperté y el vaso de agua seguía ahí, sin ningún brillo de divinidad. Pensé entonces que sería más útil mandar algo de dinero para allá. Lo hice y dormí más o menos tranquilo.

Soñé que llovía torrencialmente, que mi hija lloraba, que no funcionaba el teléfono y que no sabía nada de mis demás seres queridos, y que me refugié en el tejado, con el estómago en carne viva, pudriéndome de terror. Llevaba a mi hija en brazos y mi cabeza ya no soportaba sus alaridos de desesperación. El agua empezó a mojarme las rodillas y muy pronto tuve que nadar. Me rodeaba un infierno de chillidos de otros vecinos que flotaban en un océano gris, asesino. Me ahogaba y no podía sostener más a mi hija. Aguanté flotando durante horas, días quizás, esperando un helicóptero, pero nunca llegó: Entre los miles de helicópteros disponibles ninguno vino a salvarnos la vida. Y me morí con mi hija en brazos, sobre lo que había sido mi hogar, acompañado por otros vecinos muertos: enterrados vivos en una gigantesca tumba de agua.

Desperté. Había sido una pesadilla. Ojalá lo sea también en los cerebros de los habitantes de Mozambique. Pero por si acaso, ¡Manden más helicópteros, coño!